

«sin ejemplo, al aspecto de cualquiera calamidad, gritais: ¡Los cristianos al león! ¡Qué! ¡por un solo león todo un pueblo de cristianos!»¹

San Justino, que veía más que nunca encendido el fuego de la persecución, compuso una segunda apología, dirigida al mismo Marco Aurelio y al Senado romano. «Creo, decía, que este escrito me costará la vida;» y no se engañó. Preso junto con otros cristianos, el santo Apologista fué conducido ante Rústico, prefecto de Roma, el cual le dijo: «Obedece á los dioses, conformándote con los edictos del Emperador.

JUSTINO. «El que obedece á Jesucristo, nuestro Salvador, no puede ser condenado.

RÚSTICO. «¿Qué ciencia profesas?

JUSTINO. «Las he profesado todas; mas no habiendo podido encontrar la verdad, profesé por fin la filosofía de los cristianos, á pesar de no ser del gusto de aquellos que aman el error.

RÚSTICO. «¿Cómo, miserable, dices que profesas semejante doctrina?

JUSTINO. «En ella cifro mi gloria, pues me procura la dicha de hallarme en el camino de la verdad.

RÚSTICO. «¿Cuáles son los dogmas de los cristianos?

JUSTINO. «Los cristianos creemos en un solo Dios, Criador de todas las cosas visibles é invisibles, y en Jesucristo Señor nuestro, Hijo de Dios, profetizado por los Profetas, autor y predicador de la salvación, y juez de todos los hombres.

RÚSTICO. «¿Dónde se reúnen los cristianos?

JUSTINO. «Donde quieren y donde pueden.

RÚSTICO. «Quiero saber dónde reúnes tú tus discípulos.

JUSTINO. «Hasta ahora he residido en los baños de Timoteo, en el monte Viminal, cerca de la casa de un hombre llamado Martín; y cuando alguno ha venido á encontrarme, le he enseñado la doctrina de la verdad.

RÚSTICO. «Con qué eres cristiano?

JUSTINO. «Sí, lo soy.»

El Juez dirigió igual pregunta á los demás acusados, los cuales contestaron todos con entereza: Somos cristianos; y volviéndose luego á Justino, le dijo: «Escucha, tú que presumes de orador y

¹ Apol. c. 40 y 41.

de sabio; cuando te haya hecho destrozarse el cuerpo á latigazos, desde la cabeza á los pies, ¿crees subir al cielo en tal estado?

JUSTINO. «Sí; si sufro el martirio que decís, espero recibir la recompensa que han recibido ya los que han observado los preceptos de Jesucristo.

RÚSTICO. «¿Cómo! ¿imaginas acaso que te aguarda una recompensa en el cielo?

JUSTINO. «No lo imagino, lo sé, sin que abrigue sobre ello ningún género de duda.

RÚSTICO. «Dejemos esto, y vamos al hecho; reuníos todos y sacrificad á los dioses.

JUSTINO, tomando la palabra por todos. «Jamás hombre alguno que tenga sentido común abandonará la verdadera Religión para correr tras la impiedad y el error.

RÚSTICO. «Si no obedecéis, preparaos para ser tratados sin misericordia.

JUSTINO. «Nuestro más ardiente deseo es sufrir por Jesucristo, Señor nuestro; los tormentos adelantarán la hora de nuestra felicidad, y nos inspirarán confianza para ir al tribunal donde deben presentarse todos los hombres para ser juzgados.

Todos. «Es inútil hacernos esperar más tiempo; somos cristianos y no sacrificaremos á los ídolos.»

El Prefecto, viéndoles firmes é inmutables, pronunció esta sentencia: «Mandamos que aquellos que no han querido sacrificar á los dioses ni obedecer las órdenes del Emperador sean azotados y conducidos al lugar del suplicio para ser decapitados.» Llegados á la plaza de las ejecuciones, los santos Mártires consumaron su sacrificio, alabando á Dios y confesando á Jesucristo hasta su último suspiro. Algunos cristianos se apoderaron en secreto de sus cuerpos y los enterraron honrosamente.

Por todas partes donde se presentaba el enemigo del Cristianismo, hallaba valerosos atletas que le cubrían de vergüenza y confusión. Trasladémonos á Esmirna, por donde pasamos ahora poco con el inclito san Ignacio, cuando iba á triunfar del demonio en la misma capital del imperio; allí vimos á san Policarpo, obispo de aquella ciudad, besar con respeto las gloriosas cadenas del futuro Mártir; la hora ha llegado para él de seguir las sangrientas huellas de Ignacio, su ilustre condiscípulo.

Policarpo, convertido desde muy joven al Cristianismo, tuvo la fe-

licidad de hablar con los mismos Apóstoles, y de beber el espíritu del divino Maestro en sus instrucciones. San Juan Evangelista le ordenó obispo de Esmirna, y no tardó en ser el oráculo de las iglesias del Asia. Encendida la persecucion, fueron conducidos á Esmirna muchos cristianos para darles muerte; entre ellos se encontraba un jóven llamado Germánico, el cual se hizo notable entre todos; exhortado por el Procónsul en el mismo anfiteatro para que tuviese piedad de sí mismo y de sus pocos años, no le dió contestacion alguna, y lleno de una santa impaciencia corrió á entregarse á los mortíferos dientes de las fieras, á fin de abandonar cuanto antes un mundo impío: entonces el pueblo, irritado y sorprendido á un tiempo del heróico valor de Germánico y de sus compañeros, empezó á gritar unánimemente: ¡Mueran los impíos! ¡mueran los impíos! ¡busquemos á Policarpo!

San Policarpo no era capaz de temer la muerte; pero cediendo á los ruegos de sus amigos, se habia retirado al campo, en una casa poco distante de la ciudad, donde pasaba orando día y noche. Descubierta en breve, Herodes, irenarco¹ de Esmirna, envió algunos jinetes durante la noche con órden de atacar la casa en que habitaba Policarpo; y si bien hubiera sido muy fácil al Santo salvarse, no quiso hacerlo, y se entregó él mismo en manos de los soldados, diciendo: Hágase la voluntad del Señor. Dióles además de comer y de beber tanto como quisieron, y solo les pidió algun tiempo para orar, lo que le fué concedido: de pié y con los ojos elevados al cielo oró por su rebaño y por todas las iglesias del mundo; su oracion duró mas de dos horas, y la hizo con tal fervor, que varios de los soldados se arrepentian de haber ido á prender á tan respetable anciano.

Finalmente, habiendo llegado para él el momento de entrar en la sangrienta carrera que debia conducirlo á la gloria, le obligaron á montar en un asno, y le condujeron á la ciudad, encontrando á poco tiempo un carro en que iban el irenarco Herodes y su padre Nicetas: éstos invitaron cortemente á Policarpo á subir con ellos, y trataron de vencerle repitiéndole con frecuencia: ¿Qué mal hay en decir: Señor César, ó en sacrificar para salvar su vida? El Santo guardó silencio; mas tanto y tanto le instaron, que contestó: «Jamás ha-

¹ El irenarco era un magistrado encargado de mantener el orden y de hacer prender á los malhechores.

«ré lo que exigis de mí.» Al oír estas palabras le colmaron de injurias, y le precipitaron con tanta violencia del carro á puntapiés, que cayó y se rompió una pierna; no por esto se conmovió el santo anciano, sino que por el contrario continuó andando alegremente como si nada hubiese sufrido, y se dejó conducir al anfiteatro. Al entrar en él, oyóse una voz del cielo que decia: Policarpo, ten valor; voz que fué oída por todos los cristianos que se hallaban presentes.

Conducido el santo Obispo ante el tribunal del Procónsul, éste le dijo: «Jura por la fortuna de César, y eres libre: dirige injurias á tu Cristo.

POLICARPO. «Ochenta y seis años há que le sirvo, y jamás me ha hecho mal alguno; al contrario, me ha colmado de favores: ¿cómo, pues, podría injuriar á mi Rey y Salvador?

EL PROCÓNsul. «Da cuenta al pueblo de tu creencia.

POLICARPO. «Á vos, sí, os daré cuenta, pues la Religion nos manda mirar á los poderosos con el honor que les es debido, y que no sea incompatible con lo que debemos á Dios; mas en cuanto á este pueblo, no es mi juez, y no debo por consiguiente justificarme á sus ojos.

EL PROCÓNsul, con tono severo. «¿Sabes que tengo fieras y que te lanzaré á ellas, si continuas de este modo?

POLICARPO. «Hacedlas venir; soy incapaz de cambiar de bien en mal.

EL PROCÓNsul. «Si no temes á las fieras, te mandaré arrojar á las llamas.

POLICARPO. «El fuego con que me amenazais solo arde durante algun tiempo; mas no conoceis el que el sumo Juez enciende para consumir á los impíos; éste no se apagará jamás. ¿Qué tardais? haced de mí lo que gustéis.»

Al pronunciar el Santo estas últimas palabras, brilló en su rostro una luz divina; el mismo Procónsul quedó sorprendido, mas no por eso dejó de ordenar la última formalidad que se verificaba en los juicios criminales, consistente en hacer gritar tres veces por un heraldo y por todo el ámbito del anfiteatro: Policarpo persiste en confesar que es cristiano. Despues de este anuncio, la multitud compuesta de gentiles y de judíos no tuvo sino una voz para pedir su muerte, y gritaban confusamente: Es el padre de los cristianos, el doctor del Asia, el destructor de nuestros dioses; oyéronse varios gritos pidiendo que se soltase un leon, mas habiendo expuesto el magis-

trado que no podía mandarlo, porque habian ya terminado los combates de fieras, elevóse un unánime grito diciendo: Sea quemado vivo, y al mismo tiempo la feroz muchedumbre abandonó las gradas del anfiteatro, corrió á los baños, penetró en las tiendas, y apoderóse en tumulto de cuanto podia servirle para encender una hoguera, siendo los judíos los que con mayor celo cooperaban á esta obra de barbarie. Preparada ya la hoguera, Policarpo se despojó de su cinturón y de su túnica, y luego se inclinó para descalzarse, lo que no tenia por costumbre hacer, pues era tanta la veneración con que los fieles le miraban, que todos se apresuraban á prestarle aquel servicio á fin de tener la dicha de tocarle.

Al ver que los verdugos se disponian para atarle al poste con cadenas de hierro, segun así era costumbre, les dijo: Esta precaución es inútil; el que me comunica la gracia para sufrir el fuego, me dará tambien fuerza para permanecer firme en la hoguera. Contentáronse, pues, con sujetarle las manos á la espalda, y en este estado subió á la hoguera como á un altar, para ser allí ofrecido á Dios como una víctima escogida entre todo el rebaño; elevando entonces los ojos al cielo, pronunció estas palabras que fueron las últimas: Señor, Dios todopoderoso, Padre de Jesucristo, vuestro amado Hijo, por quien hemos recibido la gracia de conoceros; Dios de los Angeles y de los Arcángeles, Rey soberano del cielo y de la tierra, y protector de toda la nación de los justos que viven en vuestra presencia, gracias os doy, yo, el último de vuestros servidores, por haberme creído digno de acercar mis labios al cáliz en que Jesucristo quiso beber; recibidme hoy en vuestra presencia como á una víctima de agradable olor. Antes de que este día concluya, veré el cumplimiento de vuestras promesas; por esto os alabo, os bendigo y os glorifico por medio del eterno Pontífice, Jesucristo vuestro querido Hijo, junto con el cual y con el Espíritu Santo seais glorificado ahora y siempre. Amen.

Apenas hubo terminado su oración, cuando las llamas, saliendo de la hoguera en inmensos torbellinos, se elevaron hasta el cielo; mas Dios, que queria honrar á su servidor delante de los hombres, hizo un milagro cuya novedad sorprendió á cuantos lo presenciaron, quienes lo publicaron en seguida como un monumento del poder del Señor y de la santidad de su Ministro: los torbellinos de fuego formaron un arco extendiéndose á derecha é izquierda, representando una vela de un buque hinchada por el viento, y aquella ardiente

bóveda suspendida en el aire cubria al santo Mártir, sin que ni una chispa prendiese en sus vestidos; su sagrado cuerpo permanecia en medio, como el oro ó la plata en medio de la hornaza, y exhalaba un olor semejante al de un delicioso perfume.

Admirados los perseguidores mandaron á un *confeccionador*¹ que reconociese de mas cerca la verdad del prodigio, y despues que aquel hombre lo hubo referido, mandáronle hundir su puñal en el cuerpo del Santo; así lo hizo, y en el mismo momento quedó apagado el fuego, por la mucha sangre que manó de la herida. Así consumó su sacrificio Policarpo, obispo y doctor de la santa iglesia de Esmirna.

Los autores de sus actas añaden: «Retiramos sus restos, mas preciosos que el oro y pedrerías, y los ocultamos en un lugar conveniente, donde esperábamos, mediante la gracia de Dios, reunirnos para celebrar el día de su feliz natalicio. Os remitimos por medio de nuestro hermano Martiniano, decian á los fieles de Filomelia, la relacion exacta de cuanto ha sucedido en esta preciosa muerte; comunicadlo á las demás iglesias, á fin de que el Señor sea bendito en todas partes. Saludad á todos los Santos; los que se hallan aquí os saludan; Evaristo, que nos ha escrito, os saluda tambien junto con toda su familia.

«Nuestro padre sufrió el martirio en 25 de abril, á las dos de la tarde; fué preso por Herodes, siendo procónsul Stacio Quadrato; la presente ha sido copiada del escrito de Ireneo, discípulo de Policarpo. Demos mil acciones de gracias á Jesucristo, Señor nuestro, á quien pertenece la gloria y el poder por toda la eternidad. Amen.»

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber proporcionado tan ilustres testimonios de nuestra fe; hacednos la gracia de que la sostengamos valerosamente como san Justino, y de que amemos á nuestro Señor como san Policarpo.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero hacer bien á los que me hagan mal.

¹ Llamábanse *confeccionadores* los encargados de rematar á las fieras y gladiadores que quedaban heridos en el Circo.